

REMA MAR ADENTRO

(Badajoz, Catedral, 13 de julio de 2024)

Querido Don Celso, queridos Señores Obispos, Señores Vicarios generales, miembros del Consejo Episcopal, Ilustrísimos Sr. Deán, y miembros del Cabildo catedralicio, sacerdotes, consagrados, seminaristas, Ilustrísimas autoridades civiles y militares, queridos hermanos: ¡*El Señor os dé la paz!*

He querido escoger este texto del Evangelio de Lucas que acabamos de proclamar para el inicio de mi servicio episcopal, conocido como el de la pesca milagrosa (cf. *Lc 5, 1-11*), pues pienso que puede iluminar muy bien mi ministerio episcopal en esta amada Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, y que hoy inauguro con esta Eucaristía, y también el ministerio de todos los agentes de pastoral que trabajáis en esta parcela de la viña del Señor.

El texto proclamado nos invita a todos, desde el obispo, a los fieles laicos, pasando por los sacerdotes y consagrados, a asumir sin miedo nuestra misión evangelizadora, nuestro ministerio en favor de la evangelización a la que todos estamos llamados; nos invita a ser *pescadores de hombres*, cada uno según su propia vocación dentro del Pueblo santo de Dios, confiando plenamente en la palabra del Señor.

Los discípulos han bregado toda la noche y no han pescado nada. Lo reconoce con cierta frustración y tal vez con vergüenza pues se ponía en duda las competencias de Pedro y sus compañeros en el arte de la pesca delante de los otros pescadores: “Maestro –dice Pedro- hemos bregado toda la noche y no hemos pescado nada” (*Lc 5, 5*). A la frustración de no haber pescado nada, se une ahora el ridículo al que se exponen delante de los otros pescadores: “Rema mar adentro y echad las redes” (*Lc 5, 4*). Es un imperativo, profesionalmente hablando, ridículo: Pescar de día. Y que además viene del “hijo del carpintero” (cf. *Mt 13, 55*), y por lo mismo de un “incompetente” en las artes de la pesca o cuando menos de uno que entiende menos que Pedro y sus acompañantes, de profesión pescadores (cf. *Mc 1, 16-20*).

Y donde la razón duda, entra la fe, la obediencia a la palabra del Señor. Pedro le podría haber dicho a Jesús: Perdona, pero de pesca sé yo

mucho más que tú. Pero no: Pedro, aun sin entender nada, obedece y hace una profesión de fe: “Por tu palabra echaré las redes” (Lc 5, 5). Esa profesión de fe recuerda la de María cuando ante el anuncio de Gabriel, y seguramente también sin entender nada, responde: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). El imperativo de Jesús a Pedro recuerda también el imperativo del ángel del Señor a Felipe que hemos escuchado en la segunda lectura: “Levántate, vete hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza que está desierto” (Hch 8, 26). Y Felipe, como María y como Pedro, obedece: “se levantó y se puso en camino” (Hch 8, 27). En los tres casos está presente implícitamente la pregunta de María: “¿Cómo será posible esto?” (Lc 1, 34). Humanamente parece imposible concebir sin conocer varón, como parece imposible pescar de día o evangelizar donde no hay nadie. Y en los tres casos, la obediencia a la palabra del Señor es el único motivo para esperar lo imposible que se promete a quien obedece.

“Y puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse” (Lc 5, 6). Como en el cuarto evangelio (cf. Jn 21, 6), aquí se indica una experiencia post-pascual que la Iglesia realiza continuamente: cada vez que obedece a la palabra del Señor, experimente la realidad de la promesa que excede toda expectativa se realiza. Solo en la obediencia de fe la palabra es eficaz y la promesa de Dios.

Queridos hermanos, al tiempo que siento una inmensa gratitud por la tarea de todos los que trabajan en esta viña del Señor, que es la Iglesia de Mérida-Badajoz, siento también mi deber de pastor de ponernos en guardia contra la tentación de sucumbir al desánimo y al desaliento. Nuestra misión exige *parresia*, audacia, empuje evangelizador que deje una marca en este tiempo y en esta sociedad. En este momento, el Señor nos llama a crear espacios motivadores y sanadores; lugares donde regenerar nuestra fe en Jesús; lugares donde compartir las preguntas existenciales y las preocupaciones cotidianas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; lugares donde discernir en profundidad y con criterios evangélicos nuestro actuar, con la finalidad de orientar al bien común las propias elecciones individuales y sociales. Para que esto sea posible, el mismo Jesús viene en ayuda nuestra y nos dice: “No tengáis miedo” (Mc 6, 50). “Yo estoy con vosotros todos los días” (Mt 28, 20). Acogiendo estas palabras de Jesús podremos caminar con una actitud llena de coraje, el

mismo que suscitaba el Espíritu Santo en los discípulos en los comienzos de la Iglesia, audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico.

Abrámonos a una Iglesia que evangelice por atracción (cf. *Hch* 8, 47) bien conscientes que una Iglesia que no atrae es porque está dormida, una Iglesia que no es fría ni caliente (cf. *Ap.* 3, 15-19), una Iglesia que no vive desde el Evangelio ni quiere renunciar a ritos ni a costumbres, que perdió el primer impulso, la frescura de los orígenes.

Podríamos dejarnos asfixiar por la realidad de que somos pocos, tal vez ancianos, y con achaques; de la realidad de desierto con la que nos encontramos en torno nuestro y con la convicción de que estamos solos y de que nuestra palabra cae en terreno pedregoso, entre abrojos o a la vera del camino (cf. *Lc* 8, 4ss). Todo esto puede que en parte sea verdad, como verdad es que los tiempos en que vivimos no son los más propicios para la pesca. Pero el Señor nos dice: “Rema mar adentro”. Es el momento de levantarnos, como Felipe, y ponernos en camino; el momento de echar las redes, como Pedro. Es el momento de la acogida incondicional del Señor en nuestras vidas, como hizo María. Es el momento de la fe.

A nosotros toca sembrar y regar, es Él el que hará crecer la semilla, de modo “que ya no cuenta el que siembra o el que riega, sino Dios que hace crecer” (*1Co* 3, 7). Nosotros somos simples “colaboradores de Dios” (*1Cor* 3, 8), llamados a trabajar en su viña, y, cuando hayamos hecho lo que debemos, recordemos que somos “siervos inútiles” (*Lc* 17, 10). Avivemos nuestra esperanza, pues “para Dios nada hay imposible” (*Lc* 1, 37), y si para Él nada es imposible, todo es posible para quien cree (*Mc* 9, 23); todo es posible para quien, sabiendo de quien se ha fiado (cf. *2Tim* 1, 12), no duda en remar mar adentro y echar las redes, aunque no parezca la hora más oportuna. ¡Que nadie nos robe la esperanza! ¡Convirtámonos en profetas de esperanza!

Hoy Jesús nos dice en cuanto Iglesia que peregrina por estas tierras extremeñas: “no tengáis miedo” (cf. *Lc.* 5, 10), aunque a veces parezca que duermo, yo estoy con vosotros (Cf. *Mc* 4, 36-41). Tú solo ten fe (*Mc* 5, 16), obedece a mi palabra. Hermanos: No acunemos el cansancio. Es tiempo para caminar, decía Santa Teresa. No seamos *profetas de desventuras* diciendo: esto se acaba, pues “quedo yo solo”, como decía el profeta Eliseo. No sucumbamos a la *fatiga del corazón* o cuando llegue la “noche de la fe”, usando una expresión de san Juan de la Cruz. No

acunemos la frustración: “Toda la noche bregando y no hemos pescado nada”. No digamos como los discípulos en relación con el pueblo de Samaría, bien conocido por su idolatría: no es tiempo para sembrar ni para recoger, de este pueblo no se puede esperar nada. Siento que el Señor nos dice “remad mar adentro”, “levantad los ojos y contemplad los campos, que están dorados para la siega” (*Jn 4, 35*), “levántate, come y echa a andar, pues el camino que os queda es muy largo” (*1R 19, 7*). Es tiempo para reavivar la fe y entonces el milagro se realizará: la barca, nuestra pobre barca, se llenará de peces. Eso sí, sembremos juntos, plantemos juntos, reguemos juntos, caminemos juntos, soñemos juntos, dejemos a un lado los protagonismos y los individualismos. Contad conmigo, como yo cuento con vosotros.

Volvamos los ojos a María. “Ella es la mujer de la fe que vive y camina en la fe [...] y “su peregrinación en la fe representa un punto de referencia constante para la Iglesia” (*EG, 287*), también para nuestra Iglesia. La llamada que ella recibe es la misma que nos hace el Señor a cada uno de nosotros. A su virginidad corresponde nuestra esterilidad, nuestro pecado reconocido, como en el caso de Pedro. En la obediencia a la palabra del Señor también nuestra fatiga misionera dará frutos abundantes.

De la mano de los pobres salgamos, contemplando las llagas de Jesucristo en las plagas que sufren nuestros hermanos, pongámonos en camino, unos de la mano de los otros, evitando la mundanidad espiritual y la auto referencialidad, y siempre bien equipados de fe, dispuestos a curar las heridas personales, sociales y eclesiales provocadas por la modernidad. Prediquemos el Evangelio, plantemos y reguemos sin descanso, el resto, lo haré yo, nos dice el Señor.

Ponemos todo bajo la intercesión de María, Ntra. Sra. de Guadalupe, Patrona de Extremadura, Ntra Sra. de la Soledad, Patrona de Badajoz. Que ella nos enseñe el estilo materno de la evangelización y nos ayude a descubrir que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles, sino de los fuertes (cf. *EG 288*). Pongamos también esta nueva etapa de nuestro camino bajo la intercesión de nuestros santos: San Juan Bautista, Patrono de la archidiócesis, Santa Eulalia, San Juan de Rivera, y demás Santos de nuestra Iglesia particular de Mérida-Badajoz. Que ellos sean nuestros intercesores. *Fiat, fiat, amén, amén.*